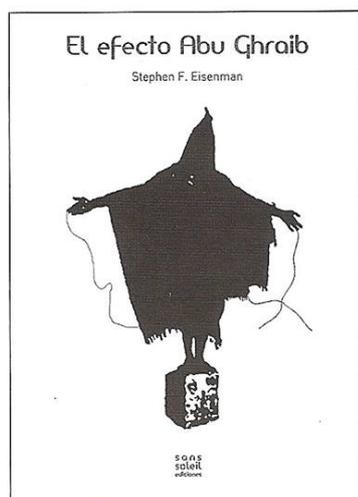


EISENMAN, Stephen F. *El efecto Abu Ghraib*. Barcelona: Sans Soleil Ediciones, 2014, 184 págs., ISBN: 978-84-940988-8-8.



En pie sobre una caja de cartón, un preso espera sin saber el qué, posiblemente lo peor. El prisionero tiende los brazos en cruz, de sus dedos cuelgan cables, una capucha amortaja su rostro y un manto raído cubre apenas su cuerpo. El encapuchado de Abu Ghraib no tardó en convertirse en emblema de la infamia, de la vergüenza de la ocupación de Irak y las torturas ejecutadas por policías militares estadounidenses, miembros de la CIA y contratistas privados. Sin embargo, ésta es sólo una de las 1.325 fotografías que tomaron los verdugos de Abu Ghraib.

Para hallar el germen de *El efecto Abu Ghraib* de Stephen F. Eisenman debemos afrontar una vez más las fotografías, pero también nuestra reacción ante sus imágenes de suplicio y humillación, pues el efecto de aquellas fotos no fue sólo la repulsa, sino también el de una siniestra familiaridad. Cuando el escándalo estalló en 2004, algunos periodistas mentaron los capirotes de Goya, el *Guernica* de Picasso o el póster de Ben Shahn *This is Nazi Brutality*; pero, para Eisenman, tales asociaciones eran errores o, más bien, deslices freudianos: a diferencia de Goya o Picasso, aquellas fotografías eran cómplices, no denunciantes.

En tal caso, ¿de dónde procedía la extraña familiaridad que evocaban? La audacia –y la brillantez– del ensayo de Eisenman radica en vincular la sordidez de Abu Ghraib al gran arte occidental o, en otras palabras, en descubrir que las fotografías de Abu Ghraib conforman el envés obscuro del Altar de Pérgamo o la estatua de Laocoonte. La

clave está en el *Pathosformel*, la “fórmula del *pathos*”, una representación del martirio como ofrenda de la víctima al placer del victimario, una ejecución figurada como dádiva a los dioses, una aceptación del suplicio como necesidad del orden. *Basanos* (βάσανος), una misma palabra sirve en griego para referirse a la tortura y a la piedra de toque que demuestra la pureza del oro, como si hubiera algo de verdad o de precioso en el suplicio; de manera similar, para el cristiano la revelación requiere de la purga, el martirio es en sí una salvación. En el discurso apodíctico, la afirmación se convierte en verdad irrefutable, el ornato suplanta al argumento; igualmente, en las obras artísticas, la belleza formal encubre la celebración de la violencia.

Del helenismo al Antiguo Régimen, del imperio romano a la Contrarreforma: la tiranía adora el *Pathosformel* porque legitima la opresión y la hace hermosa: el sufrimiento gozoso embellece el *San Sebastián* de Sodoma (1531), la beatitud del *Martirio de San Bartolomé* de José de Ribera (c. 1644) es dolorosa pero santa, una cabra encabeza el exilio de los dacios para mayor gloria de Roma en la Columna de Trajano (c. 100 dC). Las fotografías de Abu Ghraib, por el contrario, son horrendas, repulsivas, asumen la fórmula del *pathos* pero resultan incapaces de embellecerla. Eisenman intuye que la cultura de masas cumple ahora esa función, pero deja pendiente una exploración del arte que, hoy en día, asume la fórmula del *pathos* en su plenitud estética.

Contra el ideal democrático y el espíritu de la Ilustración, la tortura vuelve a ser tolerada como necesaria. Como alertaba Slavoj Žižek, Abu Ghraib no es una desviación, sino una iniciación en el modo de vida de Occidente a través de su reverso obscuro; como nos recordaba Wolfgang Sofsky, la tortura no es la excepción sino la norma en la historia de Occidente. Para Eisenman, puede que el llamado “Arte occidental” sea sólo una entelequia; sin embargo, de existir, el *pathos* de la violencia se hallaría en su centro. En este sentido, la valía de Eisenman radica también en su mirada hacia la Historia del Arte y en su reivindicación de la labor del historiador como intérprete, y sobre todo como crítico, de las imágenes que se rinden al poder y glorifican la opresión y la tortura.

Luis Pérez Ochando
Doctor en Historia del Arte
Universitat de València